

Moina, llevada por la curiosidad, entró.

—Hermana mía—dijo aquella niña mimada,—el médico...

—Todo es inútil—repuso Elena.—¡Ah! ¿por qué no morí á los diez y seis años, cuando quería matarme? La dicha no puede encontrarse más que bajo el amparo de las leyes... Moina... tú...

Y murió, apoyando la cabeza en la de su hijo, á quien había estrechado convulsivamente.

—Moina, tu hermana quería, sin duda, decirte—repuso la señora de Aiglemont derramando abundantes lágrimas una vez que estuvo en su habitación—que una joven no puede ser dichosa nunca dejándose llevar de ideas novelescas, y sobre todo estando lejos de su madre.

## VI

## LA VEJEZ DE UNA MADRE CULPABLE

Durante uno de los primeros días del mes de junio de 1844, una dama de unos cincuenta años, pero que representaba aun más edad de la que tenía, se paseaba sola á las doce del día á lo largo de una calle de árboles del jardín de un gran palacio situado en la calle Plumet, en París. Después de haber dado dos ó tres vueltas por el sinuoso sendero en que permanecía para no perder de vista las ventanas de una habitación que parecía llamar toda su atención, fué á sentarse en uno de esos sofás medio rústicos que se fabrican con ramas de árbol provistas de corteza. Desde el sitio en que se encontraba este elegante asiento, la dama podía abrazar, á través de una de las rejas, los bulevares interiores en medio de los cuales se levanta el admirable edificio de los Inválidos, que saca su cúpula de oro á través de las cimas de un millar de olmos, y el aspecto no menos grandioso de su jardín terminado por la fachada gris de uno de los palacios más hermosos del arrabal Saint-Germain. Todo estaba allí silencioso: los jardines vecinos, los bulevares, los Inválidos; pues en aquel noble arrabal, el día no empieza hasta las doce. A no ser por algún capricho, á menos que á alguna joven no le dé gana de montar á caballo, ó que un

diplomático no tenga que hacer algún protocolo, á aquella hora, amos y criados duermen ó empiezan á despertar.

Esta anciana y madrugadora dama era la señora de Aiglemont, madre de la señora de Saint-Hereen, á quien pertenecía aquel hermoso palacio. La marquesa se había privado de él por su hija, á la que había dotado con toda su fortuna, reservándose únicamente una pensión vitalicia. La condesa Moina de Saint-Hereen era la última hija de la señora de Aiglemont. Para lograr su casamiento con el heredero de una de las casas más ilustres de Francia, la marquesa lo había sacrificado todo. Pero nada era más natural, pues había perdido sucesivamente á dos hijos: uno de ellos, Gustavo, murió del cólera; y el otro, Abel, sucumbió en Constantina. Gustavo dejó hijos y viuda. Pero el cariño bastante frío que la señora de Aiglemont sentía por sus dos hijos, se había enfriado aun más al trasladarse á sus nietos. Se trataba con la señora de Aiglemont la joven; pero sus relaciones se limitaban á ese sentimiento superficial, que el buen gusto y las conveniencias nos prescriben para con nuestros semejantes. Habiendo sido liquidada por completo la fortuna de sus hijos muertos, había reservado para su querida Moina su fortuna y sus propios bienes. Moina, hermosa y encantadora desde su infancia, había sido siempre objeto, para la señora de Aiglemont, de una de esas predilecciones innatas ó involuntarias en las madres de familia; fatales simpatías que parecen inexplicables, pero que los buenos observadores se explican perfectamente. El rostro encantador de Moina, el sonido de la voz de aquella hija querida, sus modales, su manera de andar, su fisonomía, sus gestos, todo despertaba en la marquesa las emociones más profundas que pueden turbar, animar ó encantar el corazón de una madre. El principio de su vida presente, de su vida futura y de su vida pasada estaba en el corazón de aquella joven, donde había procurado derramar todos sus tesoros. Por fortuna, Moina había sobrevivido á cuatro hijos, todos ellos mayores que ella. En efecto; según decía la gente, la señora de Aiglemont había perdido de la manera más desgraciada una hija, cuyo paradero era casi desconocido, y un niño de cinco años, víctima de una horrible catástrofe. La marquesa vió, sin duda, un presagio del cielo en el respeto que la suerte parecía sentir por la hija de su corazón, y no dedicaba más que débiles recuerdos á los hijos aniquilados se-

gún los caprichos de la muerte, los cuales permanecían en el fondo de su alma como esas tumbas elevadas en un campo de batalla, pero que las flores del campo han hecho desaparecer casi por completo. El mundo hubiera podido pedir cuenta á la marquesa de aquella indiferencia y de aquella predilección. Pero el mundo de París está arrasado por tal torrente de acontecimientos, de modas, de ideas nuevas, que toda la vida de la señora de Aiglemont tenía que quedar en cierto modo olvidada. Nadie pensaba en tachar de crimen una frialdad y un olvido que no interesaba á nadie, mientras que su viva ternura por Moina interesaba á mucha gente. Por otra parte, la marquesa frecuentaba poco los salones, y la mayor parte de las familias que la conocían, la juzgaban buena, amable, piadosa é indulgente. Pero ¿no es preciso tener un interés muy vivo, para no contentarse únicamente con las apariencias? Sin embargo, ¿qué cosa no sorprenderá á los ancianos, cuando se borran como sombras y no quieren ser más que un recuerdo? Finalmente, la señora de Aiglemont era citada como modelo, por los hijos á los padres, por los yernos á las suegras. Antes de tiempo había dado sus bienes á Moina, contentándose con la dicha de la joven condesa y no viviendo más que por ella y para ella. Si ancianos prudentes vituperaban aquella conducta diciendo: «La señora de Aiglemont se arrepentirá acaso algún día de haberse desprendido de su fortuna en favor de su hija, porque si puede estar segura del corazón de la señora de Saint-Hereen, no creemos que le ocurra lo mismo con la moralidad de su yerno», un clamoreo general se levantaba contra aquellos profetas, y de todas partes llovían elogios para Moina.

—Es preciso cesar, para gloria de la señora de Saint-Hereen, que su madre no ha notado cambio alguno en torno suyo—decía una joven.—La señora de Aiglemont está admirablemente cuidada, tiene un coche á sus órdenes, y puede, si quiere, frecuentar el mundo como antes, é ir á donde le dé la gana.

—Menos á los Italianos—respondió en voz baja un viejo parásito, uno de esos hombres que se creen con derecho para llenar de epigramas á sus amigos, bajo pretexto de dar pruebas de independencia. — Aparte de su niña mimada, una de las cosas únicas que le gustan á la noble viuda, es la música. En sus buenos tiempos fué una buena cantante;

pero como que el palco de la condesa está siempre lleno de mariposas y la anciana molestaría á la joven, de quien se habla ya como de una gran coqueta, la pobre madre no va nunca á los Italianos.

—La señora de Saint-Hereen da veladas deliciosas, adonde asiste todo París, sólo por el gusto de distraer á su madre—dijo una muchacha casadera.

—Sí, unas veladas donde nadie hace caso de la marquesa—respondió el parásito.

—El hecho es que la señora de Aiglemont no está nunca sola—decía un fatuo apoyando á las jóvenes.

—Por la mañana—respondió el viejo observador en voz baja,—la mimada Moina duerme. A las cuatro, la mimada Moina está en el bosque. Por la noche, su querida Moina va al baile ó á los Buffos. Pero es cierto que á la señora de Aiglemont le queda el recurso de ver á su adorada hija mientras que se viste ó durante la comida, cuando la niña come por casualidad en casa de su madre. Caballero—dijo el parásito, cogiendo por el brazo á un tímido preceptor, presentado recientemente en la casa donde se encontraba,—aun no hace ocho días que vi á esa pobre madre triste y sola en el rincón del fuego. «¿Qué tiene usted?» le pregunté. La marquesa me contestó sonriéndose, pero á mí no me quedó duda de que había llorado. «Pensaba, me dijo, que parece mentira que me encuentre sola, después de haber tenido cinco hijos; pero ese es nuestro destino, y yo, por otra parte, me considero feliz cuando veo que Moina se divierte». Nada tiene de particular que se mostrara franca conmigo, porque conocí á su marido, que era un buen hombre, y que tuvo suerte con tener la mujer que tuvo, á la que debió, indudablemente, la dignidad de par y el cargo que obtuvo en la corte de Carlos X.

Pero se dicen tantas mentiras en las conversaciones del mundo, se causan tan profundos males con ciertas ligerezas, que el historiador de las costumbres se ve obligado á pesar con prudencia los asertos aventuradamente emitidos por tantos aventureros. Por otra parte, creo yo que no cabe decir nunca quién tiene culpa ó razón cuando se trata de una madre y de una hija, pues entre estos dos corazones no hay más que un juez posible, y ese juez es Dios; Dios, que á veces lleva á cabo la venganza en el seno de las familias, y se sirve eternamente de los hijos contra las madres, de los

padres contra los hijos, de los pueblos contra los reyes, de los príncipes contra las naciones, de todo contra todo, reemplazando en el mundo moral los sentimientos con los sentimientos, como las hojas verdes reemplazan á las secas en la primavera, obrando siempre de acuerdo con un orden inmutable y con un objeto que sólo un Ser conoce. Acaso cada cosa va al lugar que le corresponde, ó mejor dicho, vuelve á él, aunque nosotros no lo veamos así.

Estos religiosos pensamientos, tan naturales á los ancianos, flotaban esparcidos en el alma de la señora de Aiglemont, tan pronto claros como dudosos, tan pronto lozanos como ajados; cual flores deshojadas por las aguas durante una tempestad. La pobre mujer se había sentido cansada y abatida por una larga meditación, por uno de esos sueños en medio de los cuales la vida se desarrolla á los ojos de los que presienten la muerte.

Para cualquier poeta que hubiera pasado por el bulevar, aquella mujer vieja antes de tiempo hubiera sido un cuadro curioso. Al verla sentada á la sombra de una débil acacia, cualquiera hubiera sabido leer alguno de los mil pensamientos grabados en aquel rostro pálido y frío á pesar de los ardientes rayos del sol. Su expresiva cara denotaba algo más grave aún de lo que es una vida al declinar, ó algo más profundo de lo que es un alma aleccionada por la experiencia. La marquesa era uno de esos tipos que, entre mil fisonomías despreciadas porque no tienen carácter, os llaman la atención un momento y os hacen pensar, como ocurre entre los mil cuadros de un museo cuando os veis impresionados, ya por una cabeza sublime en la que Murillo pintó el dolor maternal, ya por el rostro de Beatriz Cenci, donde el Guido supo pintar la más conmovedora inocencia en medio del más asombroso crimen, ó ya por la sombría faz de Felipe II, donde Velázquez imprimió para siempre el majestuoso terror que debe inspirar el poder real. Ciertas caras humanas son despóticas imágenes que os hablan, os interrogan, responden á vuestros secretos pensamientos, y hacen hasta poemas enteros. El rostro helado de la señora de Aiglemont era una de esas poesías terribles, una de esas caras que se encuentran á millares en la *Divina Comedia* de Dante Alighieri.

Durante el corto tiempo en que la mujer permanece en flor, los caracteres de su belleza le ayudan admirablemente

al disimulo á que la condenan su debilidad natural y nuestras leyes sociales. Bajo el rico colorido de su fresca cara, bajo el fuego de sus ojos, bajo el gracioso velo de sus finas facciones y de tantas líneas multiplicadas, puras ó rectas, pero perfectamente dibujadas, todas sus emociones pueden permanecer secretas; el rubor no revela nada en esa edad que se limita á colorear colores que son ya vivos; todos los fuegos interiores se mezclan entonces tan bien con sus ojos chispeantes de vida, que la llama pasajera de un sufrimiento sólo se muestra como una gracia más. Por eso no hay nada más discreto que una cara joven, porque nada es más inmóvil. La cara de una joven tiene la calma y la frescura de la superficie de un lago. La fisonomía de las mujeres no empieza hasta los treinta años. Hasta esa edad, el pintor no encuentra en sus rostros más colores que el rosa y el blanco, y sonrisas y expresiones que repiten el mismo pensamiento, pensamiento de juventud y de amor, pensamiento uniforme y sin profundidad; pero en la vejez, todo en la mujer ha hablado: las pasiones se han incrustado en su rostro; ha sido amante, esposa y madre; las expresiones más violentas del goce y del dolor han acabado por desfigurar sus facciones y por imprimir en ellas mil arrugas, de las cuales cada una tiene su expresión. Una cabeza de mujer pasa á estar entonces sublime de horror, hermosa de melancolía ó magnífica de calma. Si se me permite la metáfora, diré que el lago desecado deja ver entonces las huellas de todos los torrentes que lo han producido. Una cabeza de mujer no pertenece ya entonces ni al mundo que, frívolo, se ha asustado de ver en ella la destrucción de todas las ideas de elegancia á que está acostumbrado, ni á los artistas vulgares que no ven en ella nada sino que pertenece únicamente á los verdaderos poetas, á los que poseen el verdadero sentimiento de lo bello, independientemente de todas las convenciones en que descansan tantas preocupaciones en materia de arte y de belleza.

Aunque la señora de Aiglemont llevase una capota á la moda, era fácil ver que su cabellera, negra en otro tiempo, había sido encanecida por crueles emociones; pero la manera que tenía de peinarla en dos bandas denotaba su buen gusto, revelaba los graciosos aires de la mujer elegante y dibujaba perfectamente su frente marchita y arrugada, en la cual se veían aún huellas de su antiguo esplendor. El

corte de su cara y la regularidad de sus facciones daban idea, aunque débil, de su antigua belleza; pero estos mismos indicios servían para demostrar que los dolores habían sido bastante agudos para demacrar aquel rostro, para desecar sus sienes, para hundir sus mejillas, para arrugar y ennegrecer sus párpados y para hacer caer parte de sus pestañas. Todo era triste en aquella mujer, y su paso y movimientos tenían esa grave y recogida lentitud que inspira respeto. Su modestia, transformada en timidez, parecía ser el resultado de la costumbre que había adquirido hacia algunos años de rebajarse ante su hija; por otra parte, sus palabras eran escasas y cariñosas como las de todas las personas obligadas á reflexionar y á reconcentrarse en sí mismas. Esta actitud inspiraba un sentimiento indefinible que no era temor ni compasión, pero que participaba de las ideas que despiertan estos diversos afectos. Finalmente, la naturaleza de sus arrugas, el aspecto de su rostro, la palidez de sus dolientes ojos, eran testimonio elocuente de esa clase de lágrimas que, devoradas por el corazón, no salen nunca al exterior. Los desgraciados acostumbrados á contemplar el cielo para rogarle que haga cesar los males de su vida, hubiesen reconocido fácilmente, en los ojos de aquella madre, los crueles hábitos de una oración hecha á cada instante del día, y los ligeros vestigios de esas secretas penitencias corporales que acaban por destruir el alma y hasta el sentimiento de la maternidad. Los pintores tienen medios para hacer estos retratos; pero las ideas y las palabras son impotentes para traducir fielmente estas figuras: se ven, en el tono de su tez y en el aire de su cara, fenómenos inexplicables, que el alma sólo puede aprenderlos por medio de la visión. El único recurso que queda al poeta para hacerlos comprender, es el relato de los acontecimientos á que son debidos tan horribles estragos de la fisonomía. Aquel rostro anunciaba la existencia de una tempestad tranquila y fría, un secreto combate entre el egoísmo del dolor materno y la inseguridad de nuestros sentimientos, que son finitos como nosotros mismos, y en los que nada se encuentra de infinito. Estos sufrimientos, renovados sin cesar, habían comunicado á la larga un no sé qué de mórbido á aquella mujer. Acaso emociones demasiado violentas habían alterado físicamente aquel corazón maternal, y alguna enfermedad, sin duda un aneurisma, amenazaba

lentamente á Julia, sin que ella misma se diese cuenta. Las penas verdaderas están en apariencia tan tranquilas en el lecho profundo que han sabido buscarse, y donde parecen dormir á pesar de que corroen continuamente el alma, como ese espantoso ácido que perfora el cristal. En este momento, dos lágrimas surcaron las mejillas de la marquesa, y se levantó como si alguna reflexión más punzante que las demás la hubiera herido vivamente. Sin duda había juzgado el porvenir de Moina, y al prever los dolores que esperaban á su hija, todas las desgracias de su propia vida se habían eclipsado, yendo á refugiarse en lo más profundo de su corazón.

La situación de esta madre se comprenderá mejor cuando hayamos explicado la de la hija.

El conde de Saint-Hereen se había marchado hacia unos seis meses para desempeñar una misión política. Durante esta ausencia, Moina, que á todas las vanidades de la mujer unía los caprichos de la niña mimada, se había divertido, por ligereza, ó por obedecer á las mil coqueterías de la mujer, ó acaso para experimentar su valer, en jugar con la pasión de un hombre hábil, pero sin corazón, y que se decía ebrio de amor por ella, de ese amor, bajo el cual se esconden todas las ambiciones sociales y vanidosas del fatuo. La señora de Aiglemont, que, gracias á una larga experiencia, había aprendido á conocer la vida, á juzgar á los hombres y á temer al mundo, había observado los manejos de aquella intriga, y, habiendo observado sus progresos y visto á su hija en manos de un hombre para el que no había nada sagrado, presintió su pérdida. En efecto, ¿no había de tener para ella algo de espantoso el hecho de ver que Moina escuchaba con gusto á un hombre corrido y calavera? Su hija querida se encontraba, pues, al borde de un abismo, tenía la horrible certeza de ello, y, sin embargo, no se atrevía á detenerla, porque temblaba ante la condesa. Sabía de antemano que Moina no escucharía ninguno de sus sabios consejos, porque no tenía ningún poder sobre su alma, de hierro para ella y completamente blanda para los demás. Su ternura la hubiese llevado á interesarse por las desgracias de una pasión, justificada por las nobles cualidades del seductor; pero su hija sólo obedecía á un movimiento de coquetería, y la marquesa despreciaba al conde Alfredo de Vandenesse, porque sabía que era hombre capaz de considerar su lucha

con Moína como si se tratase de una partida de ajedrez. Aunque Alfredo de Vandenesse causase horror á aquella desgraciada madre, se veía obligada á ocultar en lo más recóndito de su corazón las supremas razones de su aversión, porque estaba íntimamente unida al marqués de Vandenesse, padre de Alfredo, y esta amistad, respetable á los ojos del mundo, autorizaba al joven para ir familiarmente á casa de la señora de Saint-Hereen, por la que fingía una pasión concebida desde la infancia. Por otra parte, hubiera sido inútil que la señora de Aiglemont se hubiese decidido á separar á su hija y á Alfredo de Vandenesse, revelándoles un terrible secreto, pues estaba segura que no lograría nada, á pesar del poder de dicho secreto, que la hubiera deshonrado á los ojos de su hija. Alfredo estaba demasiado corrompido, y Moína era demasiado desconfiada y hubiese creído que aquella revelación era una astucia de su madre. La señora de Aiglemont se había construido su calabozo con sus propias manos y se había encerrado ella misma para morir en él, al ver que se acababa la hermosa vida de Moína, aquella vida que había pasado á ser su gloria, su dicha y su consuelo, aquella vida que le era más querida que la suya. ¡Sufrimientos horribles, increíbles, inexplicables! ¡Abismo sin fondo!

Esperaba con impaciencia á que su hija se levantase, y, sin embargo, lo temía, semejante al desgraciado condenado á muerte que quisiera ver acabada ya su vida y que siente, sin embargo, escalofríos al pensar en el verdugo. La marquesa había resuelto hacer un último esfuerzo; pero temía menos recibir aún una de esas heridas tan dolorosas para su corazón y que habían agotado su valor, que el ver que abortaba su tentativa. Su amor de madre había llegado á este extremo: amar á su hija, temerla, recibir de ella insultos, y seguir adelante. El sentimiento maternal es tan grande en los corazones amantes, que una madre, antes de llegar á la indiferencia, muere ó se apoya en un gran poder, como la religión ó el amor. Desde que se había levantado, la fatal memoria de la marquesa le había reproducido algunos de esos hechos, pequeños en apariencia, pero que en la vida moral son grandes acontecimientos. En efecto, hay ocasiones en que un gesto desarrolla todo un drama, el acento de una palabra desgarrá toda una vida, y la indiferencia de una mirada destruye la pasión más fogosa; y, desgraciadamente, la mar-

quesa de Aiglemont había visto demasiados gestos de esos, había oído demasiadas palabras de esas y había recibido demasiadas miradas de esas, para que sus recuerdos pudiesen darle esperanzas. Todo le probaba que Alfredo había echado á perder el corazón de su hija, donde ella, la madre, permanecía más bien como un deber que como un placer. Mil cosas, mil detalles insignificantes le probaban la conducta detestable de la condesa para con ella, conducta que la marquesa consideraba sin duda como un castigo. A fin de poder adorar aún la mano que la hería, la madre procuraba excusar á la hija, achacándolo todo á designios de la Providencia. Durante aquella mañana, se acordó de todo, y todo la hirió tan vivamente en el corazón, que la copa de la amargura, llena ya de pesares, tenía que desbordarse si la más ligera pena penetraba en ella. Una mirada fría podía matar á la marquesa. Es muy difícil describir ciertas escenas domésticas, pero acaso algunas basten para indicarlas todas. La marquesa, que se había puesto algo sorda, no había podido obtener nunca de Moína que levantase la voz para ella, y el día en que aquélla le rogó que repitiese una frase que no había podido oír bien, la condesa obedeció, pero lo hizo de tan mala gana y con tan malos modales, que la señora de Aiglemont no se atrevió á reiterar su modesto ruego. Desde aquel día, cuando Moína contaba un hecho cualquiera ó hablaba, la marquesa tenía buen cuidado de aproximarse á ella, cosa que desagradaba á la condesa, hasta el punto de reprochar á veces á su madre aquel achaque. Este hecho, que puede servir de ejemplo entre otros varios de la misma índole, sólo podía herir el corazón de una madre. Todas esas cosas acaso hubiesen pasado desapercibidas para un observador, y habrían sido insensibles nubes para ojos que no hubieran sido los de una mujer. Asimismo como la señora de Aiglemont hubiese dicho un día á su hija que la princesa de Cadiñán había ido á verla, Moína exclamó sencillamente: «¡Cómo! ¿ha venido por usted?» El aire con que fueron pronunciadas estas palabras y el acento que les comunicó la condesa denotaban un asombro y un desprecio elegante, que cualquier filántropo hubiera comparado al medio de que se sirven los salvajes para matar á los ancianos cuando éstos no pueden mantenerse ya en la rama de un árbol fuertemente sacudida. La señora de Aiglemont se levantó, sonrióse y se fué á llorar en secreto. Las gentes

bien educadas, y sobre todo las mujeres, no denotan nunca sus sentimientos, más que por detalles imperceptibles, pero que no por eso dejan de revelar por completo las vibraciones de sus corazones á aquellos que se encuentran alguna vez en su vida en situaciones análogas á las de aquella madre herida. Abrumada por sus recuerdos, la señora de Aiglemont recordó uno de esos microscópicos hechos cuyo atroz desprecio, escondido bajo sonrisas, no apreció nunca mejor que en aquel momento. Pero sus lágrimas se secaron cuando oyó abrir las persianas de la habitación en que dormía su hija, hacia cuyas ventanas se encaminó, siguiendo el sendero que pasaba á lo largo de la reja ante la cual estaba sentada un momento antes. Al mismo tiempo que andaba, notó el cuidado particular que había tenido el jardinero en igualar la arena de aquel camino, abandonado hacia ya mucho tiempo. Cuando la señora de Aiglemont llegó al pie de las ventanas de su hija, las persianas se cerraron bruscamente.

—¡Moína!—gritó.

Pero no recibió respuesta.

—La señora condesa está en el saloncito—dijo la camarera de Moína cuando la marquesa, dentro ya del palacio, preguntó si su hija se había levantado.

La señora de Aiglemont tenía el corazón demasiado oprimido y la cabeza demasiado preocupada para fijarse en aquel momento en tan ligeros detalles; así es que se trasladó inmediatamente al saloncito, donde encontró á la condesa en peinador, en zapatillas, con el cabello en desorden y con la llave de su cuarto en la cintura. Su rostro denotaba que su mente estaba ocupada por pensamientos casi borrascosos y de animados colores. Estaba sentada en un diván y parecía reflexionar.

—¿Quién entra ahí?—dijo con voz dura.—¡Ah! ¿es usted, mamá?—repuso con aire distraído y cambiando de tono.

—Sí, hija mía, es tu madre...

El acento con que la señora de Aiglemont pronunció estas palabras, presagiaba una efusión de corazón y una emoción íntima, de las que sería difícil dar idea sin emplear la palabra santidad. En efecto, se había revestido tan bien del carácter sagrado de madre, que su hija se conmovió y se volvió hacia ella haciendo un movimiento que expresaba á la vez respeto, inquietud y remordimientos. La marquesa

cerró la puerta de este saloncito, en el que nadie podía entrar sin hacer ruido en las habitaciones precedentes, y cuyo alejamiento evitaba toda indiscreción, y empezó diciéndole á su hija:

—Hija mía, sin que tú misma te des acaso cuenta, estás atravesando una de las crisis más importantes de nuestra vida de mujer, y es mi deber aconsejarte, si bien vengo á hablarte más bien como amiga que como madre. Al casarte, pasaste á ser dueña de tus acciones, y sólo á tu marido debes cuenta de ellas; pero yo te he hecho sentir tan poco mi autoridad de madre (con lo cual obré mal sin duda), que me creo con derecho para obligarte á escucharme una vez al menos en la situación grave por que atraviesas, y para la cual creo necesarios mis consejos. No olvides, Moína, que te casé con un hombre de elevada capacidad, de quien puedes estar orgullosa, y que...

—Mamá—exclamó Moína interrumpiéndola con aire malhumorado,—ya sé lo que va usted á decirme... Va usted predicarme respecto á la cuestión de Alfredo...

—Moína—repuso con brevedad la marquesa procurando contener las lágrimas,—no me comprendería usted tan bien si no se sintiese...

—¿Qué?—dijo la joven con altanería.—Pero, mamá...

—Moína—exclamó la señora de Aiglemont haciendo un esfuerzo extraordinario,—es preciso que oiga usted atentamente lo que voy á decirle.

—Ya escucho—dijo la condesa cruzándose de brazos y afectando una impertinente sumisión.—Pero permítame usted—dijo con una sangre fría increíble—que llame á Paulina para que se aleje de aquí.

Y llamó.

—Hija mía, Paulina no puede oír...

—Mamá—repuso la condesa con aire serio que debió sorprender mucho á su madre,—es que tengo...

Y se detuvo, porque su camarera se aproximaba.

—Paulina, vaya usted misma á casa de Baudrán á saber por qué no me ha mandado aún el sombrero.

Y volvió á sentarse mirando á su madre con atención. La marquesa, cuyo corazón estaba oprimido, y que era presa de una de esas emociones cuyo dolor no pueden comprender más que las madres, tomó la palabra para hacer ver á Moína el peligro que corría. Pero ya porque la condesa se

sintiese herida por las sospechas de la madre respecto al hijo del marqués de Vandenesse, ó ya porque fuese presa de una de esas locuras incomprensibles que sólo pueden achacarse á la inexperiencia de la juventud, es lo cierto que se aprovechó de un momento en que su madre hizo una pausa para decirle riéndose con risa forzada:

—Mamá, yo creía que sólo estabas celosa del padre...

Al oír estas palabras, la señora de Aiglemont cerró los ojos, bajó la cabeza y exhaló un ligero suspiro. Después elevó al cielo los ojos como para obedecer al sentimiento invencible que nos lleva á invocar á Dios en las grandes crisis, y fijándolos en su hija con terrible majestad y profundo dolor, le dijo con voz alteradísima:

—Hija mía, has sido más implacable con tu madre de lo que lo fué el hombre ofendido por ella y de lo que lo ha de ser acaso Dios.

La señora de Aiglemont se levantó, y, al llegar á la puerta, se volvió, y como no viese más que sorpresa en los ojos de su hija, salió y pudo llegar hasta el jardín, donde la abandonaron las fuerzas. Allí sintió grandes dolores en el corazón y cayó sobre un banco. Sus ojos, que erraban por la arena, vieron en ella la huella reciente de los pasos de un hombre. Su hija estaba perdida sin duda alguna, y entonces creyó comprender el motivo del recado dado á Paulina. Esta idea cruel fué acompañada de una sospecha más odiosa aún que todas las demás. Supuso que el hijo del marqués de Vandenesse había destruído en el corazón de Moina ese respeto que toda hija debe á su madre. Su sufrimiento aumentó, se desmayó insensiblemente y se quedó como dormida. La joven condesa juzgó que su madre se había permitido darle un *botonazo* demasiado seco, y pensó que por la noche una caricia y algunas fiestas bastarían para hacerle olvidar aquella escena. Al oír un grito de mujer en el jardín, Moina se asomó negligentemente á una ventana en el momento en que Paulina, que no había salido aún, pedía auxilio y mantenía á la marquesa en sus brazos.

—¡No asusten ustedes á mi hija!—fueron las últimas palabras que pronunció aquella madre.

Moina vió transportar al palacio á su madre, pálida, inanimada, respirando con dificultad, pero agitando los brazos, como si quisiese luchar ó hablar. Aterrada por aquel espectáculo, Moina siguió á su madre y ayudó silenciosamente á

desnudarla y á acostarla en la cama. Su falta la anonadó. En aquel momento supremo, cuando ya no había reparación posible, fué cuando conoció á su madre. Manifestó deseos de quedar sola con ella, y cuando no quedó nadie en el cuarto sintió el frío de aquella mano que se había mostrado siempre cariñosa para ella y rompió en sollozos y llanto. Despertada por aquellos lloros, la marquesa pudo aún mirar á su querida Moina, y en medio de aquellos sollozos, que parecían querer romper su delicado seno, contempló á su hija sonriendo. Aquella sonrisa probaba á aquella joven parricida que el corazón de una madre es un abismo en cuyo fondo se encuentra siempre un perdón.

Tan pronto como el estado de la marquesa fué conocido, se enviaron gentes á caballo para que fuesen á buscar al médico, al cirujano y á los nietos de la señora de Aiglemont. La joven marquesa y sus hijos llegaron al mismo tiempo que los facultativos, y formaron una reunión bastante imponente, silenciosa é inquieta, á la cual se unieron los criados. Como la joven marquesa no oyese ningún ruido, fué á llamar suavemente á la puerta del cuarto. Este ruido sacó á Moina de la especie de letargo en que, sin duda, la tenía sumida el dolor, y abriendo con fuerza las dos hojas de la puerta, fijó sus extraviados ojos en aquella reunión de familia y se mostró en una actitud mucho más elocuente de lo que pudieran serlo sus palabras. Al ver sus remordimientos, todo el mundo permaneció mudo. Desde el umbral de la puerta era fácil ver los rígidos pies de la marquesa tendidos sobre su lecho de muerte. Moina se apoyó en la puerta, miró á sus parientes y dijo con entrecortada voz:

—¡He perdido á mi madre!

París, 1828-1844.

